

ENTREVISTA A PABLO RAÚL OLMEDO ¿Cómo piensa el impacto de la pandemia en la educación?

*Por Silvina Andrea Miskovski**

El Dr. Pablo Raúl Olmedo es Profesor y Licenciado en Filosofía por la UNRC y Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba. Se dedica a la investigación en el ámbito de la filosofía moderna y la filosofía de la educación. Docente en las cátedras Filosofía e Infancia y Filosofía de la educación del Departamento UNRC. Investigación: “Ética y Política del acto educativo. Indagación interdisciplinar en torno a las disputas por la subjetividad en el neoliberalismo”, de SeCyT - UNRC y “La filosofía de Nietzsche: Fuentes y Recepción en Latinoamérica” de SeCyT UNC.

¿Cómo piensa el impacto de la pandemia en la educación?

P.O. Deberíamos distinguir varios planos a la hora de formular una respuesta. Lo primero que podría decir, en un plano material o económico, es que la exigencia que impuso la pandemia de llevar adelante todas las actividades educativas de manera virtual puso al descubierto la profunda desigualdad que existe en el país. Porque hay escuelas que contaban con condiciones para

* Magister en Historia. Profesora Auxiliar de Didáctica de los Procesos Históricos UNRC.

contratar plataformas virtuales en las cuales llevar adelante sus actividades y muchas otras, la mayoría, en la que los docentes debieron, y todavía lo están haciendo, realizar campañas para conseguir celulares que estuvieran más o menos en buen estado para que los estudiantes pudieran estar en contacto con sus docentes. Esta misma lógica desigual afectó la educación superior. En este caso si bien muchas universidades inmediatamente contrataron los servicios de alguna plataforma o, mejor aún, pusieron en marcha sus propias plataformas, abonando una lógica en la que primara el carácter público de la educación, muchos estudiantes, incluso con becas de conectividad, vieron muy reducidas sus posibilidades de continuar sus estudios. No quiero dejar se hacer hincapié en esto último que señalaba al pasar respecto de las plataformas digitales, porque constituye otro aspecto al que es preciso atender. El paso de la educación a la modalidad virtual permitió un avance sideral de plataformas educativas privadas. Es necesario estar alerta respecto de esto, porque puede generar una privatización encubierta de la educación, en la medida en que los Estados, que no desarrollen plataformas públicas, se limiten a contratar los servicios que ofrecen las grandes empresas.

En otro plano, no menos material que el anterior, aunque tal vez sí menos económico, podríamos decir que la virtualidad puso en jaque muchos de los presupuestos sobre los que se asientan nuestras prácticas educativas. Fundamentalmente el de la presencialidad. La escuela moderna, que es la que nosotros, con muchos vaivenes, aún habitamos, presupone que quienes enseñan y quienes aprenden deben compartir una determinada cantidad de tiempo en un espacio físico delimitado. El hecho de no encontrarnos cuerpo a cuerpo generó mucho desconcierto. Porque ese dislocamiento espacial produjo también uno temporal. Los tiempos también se alteraron, clases más condensadas, tareas para realizar en el hogar, procesos de evaluación distintos, que exigían de los docentes mucho tiempo para elaborar devoluciones y realizar seguimientos personalizados. En este sentido, la virtualidad impuso algunos interrogantes que pueden ser buenos de afrontar para repensar la lógica de la presencia en la escuela. En ese marco, podemos preguntarnos si no es posible pensar otra distribución temporal en la escuela, si, como hace tiempo viene señalando Flavia Terigi, no podríamos pensar en tiempos diferentes para el aprendizaje de cada asignatura. Y esto no se trata de propiciar recortes de ningún tipo en ningún área, sino de atender a los tiempos que los diferentes tipos de conocimiento requieren. Tal vez, no todos requieren de clases semanales de 40 u 80 minutos. A lo mejor algunos requieren de clases de dos horas, y otros de la realización de determinados proyectos que involucran encuentros de mayor duración todavía.

Algo similar podríamos pensar respecto de las lógicas evaluativas. Otra cuestión que es también interesante de pensar es el tema de los agrupamientos de los estudiantes. La paulatina vuelta a la presencialidad que requirió del trabajo en burbujas, permitió observar que modificar los agrupamientos de estudiantes puede generar también otro tipo de encuentros entre ellos y con los docentes, propiciando otras dinámicas de aprendizaje.

Estos no son problemas que no hayan sido planteados anteriormente. Pero la situación de excepción que instauró la pandemia nos permite, más allá de las urgencias que impone para asegurar, aunque sea el mínimo contacto con los estudiantes, repensar nuevamente estas cuestiones.

Un último aspecto que puede señalarse –no porque no haya otras, sino porque son las que puedo pensar ahora– es el de que estas modificaciones que pensamos se podrían empezar a trabajar, requieren de otra organización del trabajo docente. Sobre todo, pienso en el trabajo de los docentes secundarios que está organizado por horas cátedra, cuya totalidad se contabiliza como horas frente al curso. La posibilidad de repensar la organización temporal, agrupamientos variables de estudiantes, seguimiento de trayectorias educativas diversas, solamente es posible si los docentes pueden contar con tiempo para habitar la escuela. Creo que es urgente empezar a plantear en las discusiones gremiales que el trabajo docente en el nivel secundario sea por cargos y no por horas frente al curso. De ese modo, los docentes contarían con otros tiempos institucionales para pensar formas de propiciar encuentros de aprendizaje.

De acuerdo con estas cuestiones estructurales que el contexto de emergencia sanitaria nos obliga a considerar ¿Cómo piensa que esta situación afectó específicamente la relación entre docentes y estudiantes?

P.O. En referencia a esto puede ser útil también hacer distinciones también. Creo que, en el caso de la escuela primaria y secundaria, ese vínculo se vio muy afectado en lo que hace al clima de intimidad que un aula requiere. La virtualidad no sólo sitúa el espacio de encuentro áulico en una pantalla, sino que esa pantalla invade los hogares de todos los que participan y, al mismo tiempo, está permeada por las dinámicas de cada uno de esos hogares. Así, el diálogo entre los docentes y los estudiantes sufre interferencias. Los filósofos de la educación belgas Jan Masschelein y Simons Martens, piensan, siguiendo algunas líneas de reflexión abiertas por Rancière, la escuela a partir del sentido etimológico del término griego *scholé*. La escuela emerge, así como el espacio del tiempo libre, en oposición al tiempo signado por la productividad. Disponer

de tiempo libre, implica también disponer de la posibilidad de poner en cuestión los significados que sobre el mundo circulan habitualmente bajo la forma del sentido común. Por eso, estos autores señalan que la escuela es también un espacio de profanación. En este sentido, los docentes que quieran hacer del aula un espacio público para construcción del conocimiento, en el que los estudiantes ejerzan su ciudadanía, actuando como hablantes y no como meros receptores de saber, diciendo lo que ven y lo que piensan respecto de algún problema que se ofrece como material común para el pensamiento, deben, paradójicamente, cerrar la puerta, para abrir el espacio del tiempo libre en el que se puedan profanar los significados que habitualmente recubren las cosas e impiden la reflexión sobre ellas. Esto es lo que precisamente se vio anulado con la virtualidad. Ese espacio de intimidad para la construcción común del conocimiento.

En el caso de la educación superior me parece que lo que se vio afectado de manera principal fue otra cosa. No es que no se haya dado esta situación en la que el espacio de encuentro entre docentes y estudiantes se viera permeado de dinámicas extra áulicas, pero podemos suponer una mayor autonomía en los estudiantes de educación superior. Lo que creo que se vio seriamente afectado en este caso fue la vida universitaria, el encuentro en los espacios universitarios. No pienso tanto en el aula, sino en el comedor, en los pasillos, en los centros de estudiantes, en los parques o los bares colindantes con las facultades. Estos encuentros son constitutivos de la educación superior. En ellos se tejen conocimientos que son fundamentales en la formación de los estudiantes. Conocimientos que se producen con una lógica transversal, que se construyen entre pares, donde incluso en muchas situaciones, el docente es un par respecto de los estudiantes. Eso que Walter Benjamin pensó en su texto *La vida de los estudiantes*, de 1915, pero sumamente actual. Eso pensaron también los reformistas del '18. Al respecto, el filósofo italiano, Giorgio Agamben, realizó al comienzo de la pandemia unas declaraciones que a mi gusto fueron un tanto desmedidas, pero que pusieron sobre la mesa la discusión. Dijo que la implementación de la virtualidad significaba el fin de la vida estudiantil y que las universidades plegadas al dictado virtual de las carreras se asemejaban a las universidades que habían jurado lealtad de Führer. Creo que ambas afirmaciones son desmesuradas. No obstante, la segunda nos hace pensar, como decía más arriba, en los peligros de que las universidades se avengan a contratar plataformas privadas, resignándose a que toda relación educativa quede permeada por las lógicas de mercado. También la primera afirmación nos invita a pensar respecto de modos de nuevos modos de encuentro que

debemos imaginar en nuestras universidades, que cuentan además con una larga tradición de discusión política, que ha jugado roles protagónicos en muchos momentos de la historia de nuestro país. Hablo como si esta situación de aislamiento fuera a perpetuarse. Ojalá que no. Pero tampoco sabemos todavía cómo será la “nueva normalidad”, qué de todo esto que pasó en tan poco tiempo la conformará y qué olvidaremos. Lo importante es estar atentos, desplegando nuevas formas de imaginación educativa y política.

Respecto de esta imaginación educativa, ¿cómo piensa que puede afrontar el desafío de incorporar la tecnología en los procesos de enseñanza y aprendizaje?

P.O. Hace tiempo que estamos pensando cómo incorporar las nuevas tecnologías en la escuela, de hecho, es ya una parte fundamental de los diseños curriculares. También hace tiempo que en el campo de las investigaciones sobre educación se indagan los efectos que el avance tecnológico tiene sobre las relaciones educativas, tanto en la escuela como en las dinámicas de crianza en el ámbito familiar. Solamente para mencionar algunas de estas investigaciones, podemos referir las de Paula Sibila, que indaga sobre los efectos de las redes sobre las dinámicas áulicas. O las investigaciones de Nadorowski respecto de lo que denomina “infancias hiperrealizadas”, es decir, infancias que a través de los artefactos tienen un acceso indiscriminado al mundo exento de la mediación de los adultos. Esto afecta, por supuesto, a la constitución de las subjetividades. Creo que es un tema sumamente complejo, y que correría el riesgo de la unilateralidad si quisiera decir algo concluyente.

No obstante, creo que podemos acordar en algo respecto a este problema complejo. Las relaciones de los niños y jóvenes con la tecnología están en general permeadas por las lógicas de mercado. Hay quienes acceden al mundo de manera indiscriminada a través de los artefactos, y quienes ni siquiera acceden a un artefacto y quedan excluidos de ese modo de apertura del mundo. Este último caso es lo que Nadorowski piensa bajo el concepto de “infancias desrealizadas”. El primer caso es el de muchos niños y jóvenes que utilizan muy bien artefactos tecnológicos para jugar o para consumir contenidos, pero a la hora de tener que usarlos con fines escolares no saben cómo hacerlo. En este sentido, creo que algo fundamental es trabajar para sustraer el vínculo con la tecnología del ámbito puramente mercantil y pensarlo bajo una lógica educativa. Creo que hacia allí apunta la idea de la ciudadanía digital. De todos modos, creo que todavía hay camino por recorrer y disputas por dar en este

campo. Creo que es fundamental que el estado asuma un rol protagónico. La implementación de políticas educativas que tiendan a propiciar la justicia material en cuanto al acceso a la tecnología es fundamental. En este sentido, la interrupción del programa Conectar Igualdad, entre el 2016 y 2020 significó un perjuicio muy grande para muchos niños y jóvenes. Pero, además, es necesario pensar cómo incorporar estas herramientas tecnológicas desde una lógica pedagógica que no renuncie a pensar la escuela como el espacio de encuentro para la construcción colectiva del conocimiento.

En este contexto de enseñanza y aprendizaje mediado por las plataformas virtuales: ¿cómo se están desarrollando las prácticas docentes desde el profesorado en Filosofía? ¿Piensan incorporar estos temas en la formación de los futuros docentes?

P.O. Es una cuestión clave. Por una parte, uno piensa que esta situación pasará y que las clases volverán a ser como antes. Por otra, no nos podemos permitir el lujo de ser ingenuos y no percatarnos de que algunas dinámicas que se implementaron en esta situación de excepción tenderán a imponerse. Es preciso entonces que nos adelantemos y pensemos cómo incorporar estos temas en la formación de quienes se están preparando para ser docentes. El 2020 fue un año vertiginoso, en el que todos nos fuimos acomodando a la situación como pudimos, aprendiendo y poniendo en juego nuevas estrategias. En este marco, la práctica se desarrolló de manera acotada, con muchas limitaciones. Incluso algunos estudiantes decidieron esperar y hacerlas cuando pudieran realizarlas de manera presencial. Ya con la previsión de un 2021 que se desarrolla de manera virtual y ante la incertidumbre respecto del 2022, este año comenzamos a realizar prácticas virtuales. Es muy complejo, porque mucho de lo que se trabajó a lo largo de los trayectos de formación docente, en el momento de la práctica virtual está ausente, queda de lado, los futuros docentes no pueden experimentarlo. Es una limitación muy grande. En esta dirección, considero que es preciso, no solamente incorporar contenidos que nos permitan pensar el impacto de las tecnologías en el modo en que se conforman las subjetividades de niños y adolescentes (algo que ya veníamos haciendo), sino también pensar estrategias didácticas específicas para implementar en la virtualidad, propiciando en los futuros docentes la convicción de que deben ser ellos quienes piensen y dominen desde una lógica pedagógica las herramientas que las instituciones le ofrezcan o impongan, y no que sean esas herramientas las que les determinen sus decisiones como educadores. Es un desafío en el

que debemos trabajar de manera urgente en las carreras de profesorado. No desde una lógica adaptativa, repito, sino afrontando la tarea de apropiarnos de algunas de esas herramientas y transformarlas en algo que esté al servicio de una perspectiva educativa que no renuncie a la crítica ni a la búsqueda emancipatoria.